



SALAZAR
Y LOS MUNDOS PARALELOS

Ana María Coelho

SALAZAR
Y LOS MUNDOS PARALELOS



Primera edición: julio 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana María Coehlo

ISBN: 978-84-19340-98-6

ISBN digital: 978-84-19340-99-3

Depósito legal: M-18912-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis hijas, Mónica y Noelia, quienes siempre me han animado a crear historias y, una vez mayores, me han animado a editarlas. A mis padres (in memoriam), quienes siempre me han apoyado aun en la distancia. A mi grupo de madres Sandía, que han demostrado ser mujeres luchadoras y de valor incalculable. Y, finalmente, pero no menos importante, a mi editora y a todo el equipo que, de alguna forma, ha contribuido para que esta segunda parte saliera a la luz. A todos, os llevo en el corazón y mi agradecimiento es infinito.

Índice

La reunión	11
La creación de los diversos mundos.....	29
La nueva morada	47
Reencontrando viejos amigos	63
Una profecía de regreso	83
Descubriendo a los intrusos.....	107
La creación del primer reino	125
El regreso del guerrero.....	143

La reunión

El mago abrió los ojos, pero no se movió. Escuchó con atención para certificar que ya no llovía. Solo entonces descubrió la cabeza e incorporó el torso apoyando el codo izquierdo en el suelo. Después, inhaló el aire profundamente, comprobando que estaba solo en la oscuridad. En la noche anterior y por precaución, había hechizado su capa para que lo guardara de la lluvia nocturna, sin embargo, ya no llovía desde hacía algún tiempo y el cielo, descampado. Hasta se podía ver a la luna en su fase final de creciente. Aun así, las gotas seguían resbalando por las hojas limpias para justificar la teoría de la gravedad de Newton.

Era normal este tipo de tormenta, que llegaba de forma inesperada y que podía durar de quince minutos a dos o tres horas. Las masas de aire caliente se encontraban con las masas de aire frío, a cualquier hora del día o de la noche, y de este encuentro se producían tormentas feroces, naturales de la estación del verano.

Salazar se puso en pie con desgana y, con su capa en la espalda, se acercó a las piedras que rodeaban lo que antes había sido una hoguera, se agachó y tocó la madera. «Mojada —se dijo—. *Calia bum briag*». Los pequeños trozos de madera se retorcieron para sacar el agua. Momentos después, salió una chispa que fue avivada con el aliento del mago. Un humo perezoso y bailarín subía rumbo al cielo y un calor agradable le reconfortó. «Así está mejor». Cuando las llamas lamían los troncos ya rojos, colocó un artilugio con agua en el fuego e introdujo unas cuantas hojas que había sacado de su alforja.

Con el desayuno en marcha, Salazar se incorporó y se esperezó, prolongadamente. Después miró su alrededor en busca de algo, pero las llamas no daban suficiente claridad. Se encontraba en lo alto de una montaña, desde donde podía divisar gran parte de los bosques de aquellas tierras y, aunque sumida en una densa niebla, le permitía ver las copas de los árboles adultos, alzando sus ramas hacía el cielo, que comenzaba a clarear, como todas las mañanas, ofreciendo un espectáculo de colores.

El agua de la lluvia había limpiado el polvo de las hojas y también del aire, dejando un predominante olor a tierra mojada. La niebla subía rápidamente de los charcos a causa de la alta temperatura del suelo y el cielo exhibía un azul oscuro que iba suavizando el tono a cada segundo que pasaba. En el horizonte, una mezcla entre el azul y el rosa dejaba definir el final del cielo y el comienzo del océano, que se veía más allá de los árboles. Luego llegó el color amarillo, adquiriendo fuerza hasta llegar al color dorado del astro rey.

Aquella era una hora mágica, donde todo era silencio por un breve momento. Los animales nocturnos se retiraban a sus madrigueras, mientras que los diurnos comenzaban a despertarse, para transcurrir un día más de sus vidas rutinarias. Era el momento perfecto para realizar cualquier patraña si uno se lo propusiera.

Podría encontrarse con alguna bruja o mago realizando sus pocimas o hechizos en el momento mágico. Momento este en que las puertas de los mundos se alineaban, permitiendo la libre fluctuación de la magia infundada y poderosa.

Salazar alzó la mirada y vio cuando dos seres de gran tamaño surcaron el espacio, rumbo a la montaña más alta Opinus, donde estaba la morada del viejo Tempus. Sin más demora, se dispuso a desmontar el campamento, pero un leve ruido a su espalda activó su sensor de defensa y guardia. Se enderezó muy lentamente y, sin voltearse, saludó al elfo mayor, Afarel, que llegaba con sigilo.

—¡Buenos días, hechicero! —respondió el elfo al saludo—. Hoy es el gran día...

—Sí, así es —dijo Salazar sacudiendo su capa al aire para quitar las hojas y el barro; luego se acercó a la pequeña hoguera ya en ascuas—. ¿Te apetece un té?

El elfo se sentó en un tronco caído y aceptó gustoso la humeante taza que le ofrecía el hechicero. La cogió con ambas manos y sopló antes de llevarla a los labios y saborear el líquido caliente y dulce del interior. Salazar lo imitó, sentándose a su lado con otra taza en la mano.

Después de degustar el té en silencio, el elfo sacó su pipa, la preparó y la llevó a los labios. Mientras tanto, el hechicero volvió a la tarea de guardar sus bártulos.

—Debemos apresurarnos, Afarel —dijo Salazar al coger su bastón del suelo—. No vaya ser que seamos los últimos en llegar...

—Tranquilo, hechicero —dijo el elfo soltando una bocanada de humo—. Ayer, cuando salí de mi aldea, pasé a los licántropos. Aún están muy lejos y tardarán unas cuantas horas para llegar aquí. Para cuando lleguen, ya estaremos alcanzando la morada del soberano.

Salazar asintió con la cabeza. Luego se concentró y pronunció un hechizo con la mano extendida sobre lo que fue la hoguera.

—*Reverte locumgiar.*

Momentos después, las piedras que rodeaban las cenizas volvieron a su sitio original y un viento arrastró los restos, dejando todo sin cualquier vestigio de su estancia.

Después de todo recogido, los dos amigos se adentraron en el bosque, disfrutando de la melodía que entonaban los pájaros. Hablaron de la tormenta de la noche anterior y los estragos que había dejado a su paso. Pararon para descansar y observaron el cielo, donde seres diversos llenaban el espacio.

—Amigo, debemos darnos prisa —dijo al elfo, que estaba a su lado.

—¿Cómo pretendes llegar con rapidez? —preguntó el elfo con curiosidad, aunque sabía cuál sería la respuesta: «Con la magia».

Salazar examinó la dirección de la brisa, su entorno y el cielo.

—Puedo usar el viento a mi favor —dijo—. Iré por aire. Allí

arriba solo tengo que tomar cuidado para no chocar con otros seres voladores que van en la misma dirección que yo.

—Yo iré por tierra —confirmó el elfo—. El bosque es mi hábitat y aquí puedo ser veloz.

El mago asintió y se preparó para pronunciar un hechizo. Las palabras salían de su boca como una nana que se repetía en un estribillo eterno.

—*Elevitun solevatus crunumutus*.

De repente, entró en un estado catatónico.

Afarel vio como las piedras alrededor del hechicero comenzaron a temblar para luego levitar a dos cuartas del suelo. Al momento siguiente, se transformaron en polvo, entrando en un movimiento giratorio que adquiría velocidad a cada segundo que pasaba, mientras que el hombre seguía con el arrullo. En cierto momento, también su cuerpo entró en movimiento, girando sobre su propio eje, y fue suspendido a treinta centímetros del suelo, adquiriendo la consistencia de un remolino. Solo entonces, comenzó a desplazarse por entre los árboles y arbustos, ganando cada vez más velocidad y también altitud, hasta llegar por encima de las copas de los árboles más altos.

Solo cuando Salazar salió de su campo de visión, Afarel decidió avanzar. Con sus movimientos graciosos y ágiles, como es común en la naturaleza élfica, caminaba por entre la vegetación sin detenerse por nada. Ni un tronco caído, ni un desfiladero, ni un río crecido por las aguas de la lluvia lo pararon hasta llegar a los pies de la montaña Opinus. Luego minoró su marcha y subió la montaña con pasos tranquilos para recuperar las fuerzas, ya que la subida era predominante. Un camino arduo entre malezas con espinas que dificultaban el paso hacia adelante y hacia arriba. El sol de la mañana calentaba más en aquel suelo árido, lleno de piedras sueltas.

La montaña Opinus estaba coronada por una gran terraza con suelo de mármol blanco, limitada por columnas de piedras talladas con motivos angelicales y grandes arcos dorados. Allí ya esperaban algunos seres mágicos, como las arpías, el dragón mayor y algunos ángeles.

Llegó el centauro, haciendo resonar la piedra blanca bajo sus cascos limpios. El ogro entró en el recinto con su andar tranquilo, seguido de un sátiro que tocada su flauta dando saltitos de forma graciosa.

Un remolino de polvo descendió en la entrada de la terraza y fue la atención de todas las miradas. Cuando el aire se tranquilizó y las partículas de lo que antes habían sido piedras se disiparon, apareció el hechicero, quien sacudió su ropa y entró en el recinto. Escrudnió los huecos vacíos de ambos lados del largo y único pasillo central. Tomó su tiempo antes de seguir hacia adelante casi hasta el final, donde ocupó un cuadrante del lado derecho.

Los cuadrantes eran como celdas sin paredes. Más bien, un metro cuadrado de piedra blanca, limitado con una fina línea en el suelo que adquiría brillo con la claridad.

Salazar se sentó en el suelo, cruzó las piernas, cerró los ojos y entró en estado de relajación para descansar y recuperar las fuerzas, ya que las había usado en diversos hechizos a lo largo del viaje.

Afarel fue el siguiente en llegar. Así como el hechicero, el elfo paró a la entrada de la terraza, examinó los huecos ocupados y también los vacíos. Vio a Salazar y se decantó por ocupar el hueco que estaba a la izquierda del pasillo. Caminó hasta casi el final y entró en el cuadrante, quedando frente a frente con el hechicero.

El enano fue el siguiente. Llegó y entró en el recinto sin ninguna preocupación, ocupando el espacio al lado del dragón. La mantícora llegó a la vez que la esfinge, seguida de Pegaso y el unicornio. Todos y cada uno fueron ocupando los huecos vacíos.

En una cascada cercana, se escuchó un chapoteo. Era una bella ondina en representación de los pueblos acuáticos.

Una brisa sopló y de repente se hizo un breve silencio. Hubo un momento de desorientación en los presentes, que miraban de un lado a otro en una fallida búsqueda de algo que ni ellos mismos sabían qué era. Al principio del pasillo, apareció un ser tenebroso, tapado con una capa negra. Como una densa masa del color oscuro, el Sombra entró en el recinto, deslizándose hasta el

huevo vacío más cercano a la salida y que se encontraba al lado izquierdo.

Por un breve momento, un aura de tristeza, fatiga y desesperación pairó sobre todos, hasta que el cancerbero apareció, seguido de la banshee mayor y la sílfide.

Todos los presentes querían hablar y ser escuchados por los demás. Así pues, había un aullido de voces, gritos, trinos, graznidos, cacareos, bufidos, gruñidos... puesto que no todos hablaban el mismo lenguaje.

Un anciano, vestido con una túnica blanca, entró en la terraza. En la mano, un bastón le servía de tercera pierna cuando caminaba con sus pasos indecisos y lentos. Lo escoltaban dos seres de dos metros de alto cada uno, de constitución fuerte y atlética. Sus rostros eran como espejos que reflejaban el propio sol. De sus omóplatos nacían dos enormes alas de plumaje blanco y suave. Eran tan grandes como los propios seres y las últimas plumas iban barriendo el suelo a su paso.

El cortejo atravesó todo el pasillo hasta llegar al otro lado, donde había un único asiento, ya custodiado por otros dos grandes seres. A diferencia de los acompañantes del viejo, el plumaje de sus alas era de color negro como el azabache.

El anciano tomó asiento. Se notaba la fatiga en su respiración por el esfuerzo de llegar hasta allí. Parecía tener un siglo de existencia, con su melena larga y blanca, que se unía a su barba en las mismas características que su cabello. Estuvo en silencio largo rato y todos le acompañaban en este momento mudo. Poco a poco, fueron perdiendo el interés por el viejo y volvieron al alboroto, olvidándose incluso de su presencia.

Otra vez, hubo un momento de silencio cuando todos se percataron de la presencia de un enorme lobo negro parado en la entrada. Se veía que estaba cansado, seguramente por venir corriendo, pero al cruzarse con la mirada del anciano, se paró súbitamente.

Desde donde estaba, saludó al viejo con un leve balanceo de cabeza y dio un primer paso hacia dentro. A cada paso que daba

por el pasillo, iba adquiriendo la forma humana hasta llegar a ser un hombre de mediana edad, robusto, de piel morena, ojos negros y penetrantes, con dientes blancos y una bella melena atada en una coleta. Se colocó al lado del enano.

Una vez ocupado su sitio, el licántropo dejó de ser tema de interés común y los presentes volvieron al bullicio hasta que una voz atronadora hizo callar a todos, incluso a los insectos.

—Vamos dar inicio a esta reunión —tronó el viejo desde su asiento—. Les he reunido aquí para definir el futuro de todas las especies. Como bien sabéis, ahora somos muchos y debemos ser conscientes y consecuentes de este hecho.

Su voz era la de un anciano cansado, pero su fuerza era la de un trueno cercano. Todos le entendían, aunque nadie sabía, a ciencia cierta, cuál era su idioma original.

—¿Qué tenéis en mente, soberano? —se atrevió a preguntar el licántropo.

—Koliuns, la paciencia es una virtud, la cual admiro mucho. Me pides las respuestas antes de que se plantee la cuestión. Estudiemos las causas que nos hicieron reunirnos hoy aquí. Luego escucharemos todas las ideas. Sopesaremos todas las posibilidades. Y, entonces, solo entonces, podremos decidir por la opción más adecuada y beneficiosa para todos —le contestó el viejo.

—Todos sabemos el porqué de esta reunión, soberano —dijo el dragón—. Solo necesitamos la solución para tal problema.

En la presencia de Tempus, todas las criaturas se entendían y sus instintos naturales, aun los más fieros, se mostraban tranquilos y pacíficos.

—Pues si tenemos que presentar ideas, aquí va la mía —espetó Koliuns—. Propongo que compitamos uno de cada especie y el que sobreviva será el portador de la Piedra de la Sabiduría.

Koliuns era el licántropo mayor, señor de su especie. Era un ser directo. No solía dar vueltas al asunto, sino que iba directamente a la solución, que, casi siempre, era por la fuerza.

—Koliuns, no estamos aquí para decidir quién heredará la Pie-

dra de la Sabiduría, sino que el problema va más allá de su posesión y guarda —respondió el anciano.

Otro bullicio de desaprobación entre los presentes.

—Somos fuertes, pero no podemos enfrentarnos a un dragón —puntualizó una de las arpías con una voz trinada.

—Y nosotros no nos enfrentaremos a los ángeles —espetó el dragón—. Ni al unicornio.

El anciano, cansado de escuchar las habladurías y manifestaciones de los presentes, levantó el brazo derecho y un rayo cayó en medio del recinto, asustando y callando a todos.

—¡Callaos todos! —tronó el viejo—. Ya nadie hablará hasta que yo lo ordene —dijo ya más tranquilo.

Tomó aliento antes de proseguir, ya que era él el centro de todas las miradas.

—Soy el responsable de que estéis aquí. Soy vuestro creador y, como tal, puedo destruirlos como hormigas —volvió a hacer una pausa para recuperar el aliento—. En el principio, éramos pocos y vivíais en una vida rutinaria sin sentido. Carecíais de sentimientos. Decidí, entonces, daros sensaciones y reacciones a estas emociones. Pudisteis sentir dolor, odio, amor. Crecisteis, amasteis y os reprodujisteis. Y os seguís reproduciendo. Ahora, este mundo es demasiado pequeño para los muchos que somos. Necesitamos una solución. No quiero destruir lo que tanto tiempo he tardado en crear.

Silencio entre los presentes. Desde su llegada a la terraza, Salazar se mantuvo en estado de relajación, aunque era consciente de todo lo que ocurría a su alrededor. Su mente trabajaba rápido. Y Afarel seguía fumando su pipa, en un silencio pensativo.

Las arpías susurraban entre sí. El dragón observaba a los demás. El enano jugueteaba con su martillo, como quien no está interesado en lo que se trataba allí.

De repente, los cuatro ángeles que custodiaban al anciano abrieron sus alas sobre el viejo con la única intención de protegerlo del licántropo, que había abandonado su cuadrante y se dirigía a ellos a grandes zancadas.

—¡Dejadlo! —ordenó Tempus.

Los ángeles volvieron a plegar sus alas y esperaron nuevas órdenes. Eran conscientes del infinito poder del soberano, quién podía defenderse con solo mover un dedo, pero también eran conscientes de que habían sido creados para este fin: *proteger*. No solamente al Creador, sino también a quien les era ordenado y merecedor de su protección.

Koliuns paró en medio del pasillo al ver a los ángeles sobre el anciano y, desde allí, buscó las palabras para expresar su indignación.

—Soberano, sí, eres nuestro Creador, pero nos hablas como si fuéramos meros juguetes. Nos creaste por alguna razón, nos diste sentimientos, como dices, para que pudiéramos avanzar. ¿Acaso no somos merecedores de ser tratados con respeto? —hizo una pausa para certificar que el anciano le escuchaba y los demás también—. Ahora nos amenazas con destruirnos. No voy permitir que nada pase con mi especie...

—Koliuns, no sois mis juguetes —lo interrumpió Tempus—. Sois mis creaciones, mis hijos, todos y cada uno de vosotros. Y me fascina la capacidad de reacción que habéis adquirido. Habéis evolucionado y es por esta razón que necesitáis vuestro espacio.

—Pues danos este espacio. Necesitamos una solución urgente. Nuestras hembras están en cinta y algunas listas para parir. Y no hablo solo de mi especie, sino que hablo en nombre de todos al referirme a esto. Los elfos tienen muchos niños en su clan. Los enanos, con su constitución medio humana, tienen un hijo al año...

—Soy consciente de la gravedad de este problema —volvió a interrumpir el viejo—. Por esto estamos aquí. Necesitamos, entre todos, hallar una solución urgente.

Por primera vez, Salazar se movió. Salió de su estado de relajación y se puso en pie, atrayendo todas las miradas.

—Tal vez —comenzó él— la solución esté en dividir las especies.

—Salazar, las especies ya están divididas —dijo el centauro con ironía—. ¿Por qué si no nos iba a crear de diferentes formas y características?

Kiro, a pesar de la brutalidad de su mitad caballo, hacía muy buen uso de su otra mitad, que era humana. Era muy sociable y tenía como norma respetar a todo ser viviente. Además de ser un excelente guerrero. Decían que él entrenaba con los ángeles el arte de la guerra.

—Todos somos diferentes, Kiro —explicó Salazar a su vez—, incluso los de la misma especie. Yo, sin embargo, me refería a los territorios. Tal vez, en mundos distintos...

—Esto no puede ser, Salazar —intervino el dragón con aire preocupado—. Nosotros nos alimentamos de animales del bosque y animales que algunas especies domestican y crían. Si se dividen las especies, ¿cómo sobreviviríamos?, ¿qué comeríamos? Estaríamos sujetos a la posibilidad de alimentarnos de nuestra propia especie o a la extinción.

Hubo un silencio eterno. Todos pensaban en la propuesta de Salazar, que no era tan descabellada como planteaba el dragón. Incluso el propio Creador quedó pensativo un rato antes de dar la sentencia.

—Estudiaré la posibilidad de esta solución, ya que nadie más ha dado una alternativa sensata —dijo mirando al licántropo—. De esta forma, evitaremos el enfrentamiento entre las especies. Por otro lado, habría que analizar todas las alternativas, problemas que pudieran surgir y solucionarlos antes de tomar la decisión final.

Los presentes entendieron que la reunión había terminado. Todos y cada uno fueron saliendo del recinto dejando atrás la esperanza de que el soberano encontrara una solución de forma urgente. Tempus, a su vez, desde su asiento, contemplaba como sus creaciones iban saliendo ordenadamente.

El licántropo, que se había quedado plantado en el centro del pasillo mirando al anciano, giró sobre sus talones y emprendió una carrera a la salida. Mientras corría, adoptaba su forma animal. Para cuando llegó al límite de la terraza, ya era todo un lobo negro que desapareció entre los árboles.

Las especies que podían volar o flotar ocuparon el espacio y desaparecieron en el infinito horizonte. El enano y el elfo salieron

a la vez. Ondina dio un chapuzón y desapareció, dejando las aguas tranquilas. El Sombra, simplemente, desapareció, seguido por la banshee y el liche.

A cada minuto que pasaba, lo que antes parecía un parlamento repleto ahora estaba tomando las características de un gran salón de baile vacío.

Salazar, en su infinita paciencia, esperó a que todos los seres saliesen. Cuando el último ser abandonó el lugar, entonces el hechicero salió de su cuadrante.

—Salazar, acércate —le llamó el Creador.

El hechicero se acercó e hizo una reverencia.

—He acertado en crearte a mi semejanza. Eres inteligente y con capacidad de raciocinio. Adquieres conocimiento rápidamente e innovas por ti mismo. Así pues, no me has defraudado, puesto que esperaba que fueras tú el que me diera la solución al problema. Necesito que te quedes y me ayudes a desenvolver tu solución —le dijo Tempus.

—Estoy para servirle, señor —contestó el hechicero con humildad.

—Ponte cómodo, hijo mío, empezaremos ahora mismo con el trabajo.

Obediente, Salazar se sentó en el suelo. Era consciente de que serían horas, tal vez días o quizás semanas, en presencia del soberano, su Creador. Todo con un solo fin: completar la ardua tarea de separar las especies. Y aunque no tenía muy claro cómo haría dicha división, de una cosa estaba seguro: que su principal misión era la de ayudar, asesorar y obedecer al soberano.

Los días amanecían y volvían las noches oscuras, alumbradas por dos luces mágicas suspendidas en el aire. Una a cada lado de los dos hombres, que discutían infinitamente los beneficios de una separación.

—Señor, si cada especie será el señor en su mundo, respondiendo solamente ante vos, ¿cuántos mundos crearemos? —indagó Salazar.

—Tú has dado la propuesta para la solución del problema, pero creo que no has entendido tu propia solución. Crearemos mundos,

sí, pero no será uno por especie. En este caso, estaríamos toda la eternidad creando mundos y no terminaríamos. Agruparemos las especies según sus características. De esta agrupación, saldrán las más fuertes, que dominarán a las más débiles.

Salazar estuvo pensativo largo rato antes de volver a plantear sus dudas.

—Señor, aún no entiendo. Son muchas las especies débiles, pero necesarias. Un ejemplo son los elfos. Son dóciles y pacíficos, pero necesarios para el equilibrio de los bosques. No podría imaginar a los elfos sometidos, por ejemplo, a los dragones o a los centauros...

—Ya he pensado en esto, hijo. Una vez separadas las especies, concederé ciertos beneficios a cada una de ellas. Poderes que serán un complemento, pero, antes, necesito saber si son merecedoras de este legado —explicó Tempus—. Además, gran parte de mis creaciones se mostraron capaces de aprender por sí mismas. Aman u odian al prójimo. Algunas hasta ayudan a los más desafortunados o practican la justicia según las leyes que ellas mismas crearon.

—Señor, tenga en cuenta también la maldad que cada uno ha aprendido por sí solo.

Tempus balanceó la cabeza en acuerdo a su creación. Estuvo pensativo por un rato, luego lo miró como quien se ha acordado de algo importante.

—Tenemos que encontrar una forma para que no sigan procreando, si no, tendremos que estar creando mundos y más mundos para alojarlos...

Salazar estaba de acuerdo con su soberano, pero siguió callado escuchando con atención.

—Debo hablar con mi otra mitad: mi hermana, Muerte. Tal vez ella nos ayude con algunos detalles que, tal vez, se nos estén escapando.

Levantó el brazo derecho y, momentos después, una sombra tapó la luz del sol. Salazar alzó la mirada y vio un ángel que se preparaba para tomar tierra. Ya en el suelo, plegó sus alas e hizo una reverencia ante el anciano.

—Debes ir a la morada de mi hermana y decirle que solicito su presencia —ordenó.

Inmediatamente, el ángel volvió a abrir sus alas y, de un salto, alzó el vuelo, desapareciendo en el infinito. Mientras esperaban el regreso del ángel, Creador y creación siguieron estudiando las diferentes posibilidades de agrupar las especies. No tuvieron que esperar mucho, ya que el ángel volvió acompañado de una mujer. Su apariencia era la de una bruja, delgada, con pelos blancos, tan largos como su altura. Tenía la espalda encorvada y las manos esqueléticas. Tomó tierra detrás del ángel y, sin demora, caminó lentamente hacia el anciano, arrastrando su mortaja negra.

—¡Ya te lo advertí! —comenzó ella con voz ronca y cansada—. Esta manía de crear aún te traería problemas... ¿Qué quieres?

—Dejando a un lado tus predicciones, hermana, ahora tenemos un problema y debe ser solucionado con urgencia —dijo Tempus.

—¡Bla! ¡Bla! ¡Bla! —espetó la vieja balanceando la mano esquelética en el aire—. Sé todo lo que está pasando. Sé que tus creaciones ya son independientes y procrean constantemente. También sé qué solución habéis buscado.

—¡Pues ayúdanos! —le rogó Tempus.

—Lo que no ves es que, aunque crees mundos, seguirán procreando... ¡Son animales! —dijo ella con arrogancia—. Solo hay una solución: que yo gobierne contigo estos mundos.

—Debo admitir, Muerte, que eres muy astuta. Te quedas en las sombras esperando que te llegue el momento. No te importa esperar años, décadas o siglos. Cuando te llega esta oportunidad, no la desperdicias. Actúas sin temor ni vergüenza.

La vieja escrudiñaba a su hermano callada y con los ojos achinados, dejando su cara aún más arrugada.

—Nunca te he dado la oportunidad para actuar sobre mis creaciones porque siempre procuré mantenerlas cerca de mí, pero ahora las cosas cambiaron y te necesito.

—Si accedes a mis condiciones, puedo ayudarte —dijo ella por fin.

—Te escucho, hermana.

Salazar pasaba la mirada de su Creador a la vieja bruja y viceversa, escuchando la conversación entre los hermanos. Observó como la vieja manejaba la situación a su antojo.

—Para comenzar, tus creaciones tienen que tener un ciclo de vida. Te explico. Hasta ahora, todas tus creaciones eran inmortales y todo iba bien. Pero decidiste darles la posibilidad a ellas de crear otras vidas. ¿Qué pasaría si los más antiguos murieran? Nada. Sería la solución perfecta. Estaría dando a los más jóvenes la oportunidad de gobernar y llegar a ser el líder de su especie. Por otro lado, la superpoblación estaría equilibrada. Tú estarías a este lado del plano y yo estaría al otro lado.

—Si hago que tengan un ciclo de vida, ya no necesitaré crear mundos... —divagó Tempus.

—Claro que sí. ¿Dónde si no vas almacenar las almas de los seres muertos?

—¿Y no podemos usar el mundo de tus almas muertas?

La vieja lo miró con furia.

—No —dijo categórica—. El mundo de las almas ya existente es para las almas de los humanos mortales.

—Está bien —dijo Tempus decepcionado—. Pues crearemos un mundo para las almas de los seres muertos; mis creaciones, que son seres especiales.

Por primera vez, la vieja abrió una sonrisa, dejando a la vista una fila de dientes negros y podridos. Ya estaba, había convencido a Tempus.

—Otra cosa más —completó ella señalando al Creador con un huesudo dedo índice—. Debes crear un mundo más, o dos, o tres. Los que hagan falta. Dividir las especies en grupo o no... eso es cosa tuya, pero tienen que dejar este mundo.

—Muerte, no creo que sea...

—Debes crear más de un mundo y dividir las especies. Sacarlas de este mundo, ya que los que viven aquí tienen por norma ser inmortales. Este es tu mundo, Tempus, y tú eres un dios. Aquí solo vivirás tú y tus ángeles.

—Pero ¿quién cuidará de ellos? —preguntó Tempus desolado.

—Seguro que encontrarás la solución para esto —respondió la vieja mirando a Salazar con segundas—. Crea un vínculo entre los mundos que críes, donde todos los seres vivos deberán pasar en el momento que se juzgue adecuado. Será el final del ciclo en tu plano y el principio del mío. Basta con destinar un tiempo de existencia en tu plano para cada una de las especies que hayas creado.

—Señor, perdóname por interrumpir, pero me pregunto... ¿cuántos mundos crearemos entonces?

Fue la propia Muerte quien le contestó.

—De momento, dos. Uno para las almas y otro para los vivos. Pero date cuenta que, si veis que necesitáis más mundos, creadlos. Y que todos sean iguales en cuestión del ciclo de vida de sus habitantes. Es decir, que da igual el mundo desde el que todos sus moradores pasen por mi mundo en cierto momento.

Salazar miró a su Creador interrogativo. ¿Cómo la hermana del soberano ya había poseído un mundo que aún no estaba creado? Sin embargo, Tempus siguió con sus explicaciones.

—Sí, Salazar, hay que definir un ciclo de existencia para cada especie y, una vez cumplido, pasarán al mundo de Muerte, donde ella definirá la duración de su ciclo. Por otro lado, todas las especies deben abandonar el mundo en el que viven ahora.

—Una vez cumplido el ciclo en mi plano, volverán al tuyo otra vez. Los seres deberán rotar cuantas veces sean necesarias entre los dos planos y, para que haya un equilibrio en tales planos, es necesario que el número de seres sea igual en ambos lados.

Sí, Salazar había entendido las condiciones de la hermana de su soberano, pero aún le quedaban muchos detalles por aclarar. Detalles que él no se atrevía a preguntar directamente, ya que Muerte le causaba algo de temor. Era mezquina, arrogante, prepotente, autoritaria y manipuladora, pero, sobre todo, malvada. Todo lo contrario que su Creador, que era equilibrado, a la vez que humilde, honesto y de una bondad infinita.

Tempus sintió la inquietud de Salazar, pero quería estar a solas con él para explicárselo todo, así que decidió esperar a que su hermana, que era minuciosa en los detalles, terminara con sus condiciones.

—Tempus, recuerda que deben olvidar sus vidas pasadas. Sería un desastre que el nuevo ser ya naciera sabiendo quién había sido en el pasado —le dijo Muerte.

—Esto te lo dejo a ti, hermana, que eres la que tienes experiencia en la materia. Que se borre al entrar y al salir de tu plano.

Una vez decididas sus condiciones y con sus exigencias aceptadas, Muerte decidió marcharse, alegando que no podía estar fuera de su plano mucho tiempo porque se acumularía el trabajo. Dicho esto, la vieja se giró sobre sus talones y, arrastrando su mortaja, fue caminando hacia la salida mientras se iba desvaneciendo hasta desaparecer por completo.

Hacía siglos que trabajaba en la recolecta de almas de los seres humanos mortales. Tenía mucha experiencia y, por esta razón, Tempus estaba seguro de que todo funcionaría.

Otra vez solos, Tempus procuró explicar, una vez más, a su creación toda la trama.

—Verás, hijo, vamos a crear los mundos, dividir las especies y crear un vínculo entre todos los mundos. Cuando los seres tengan que hacer la transición del mundo material al mundo espectral, deberán pasar por este vínculo entre mundos. En el mundo espectral, será mi hermana la que imponga sus normas. Y cuando ella juzgue completado el ciclo en su mundo, el ser volverá a pasar por el vínculo entre mundos, volviendo a nacer otra vez, con nueva vida, nueva familia, etc. —hizo una pausa—. He creado a todos los seres según mi antojo. Habéis crecido y aprendido mucho, pero todo esto llegará a un único final, la muerte.

A Salazar, la idea de que el soberano aceptara las condiciones de Muerte y dejar a su cargo un mundo entero le parecía descabellada, pero era una solución.

—Destinaremos algunos seres para que se hagan cargo de la organización y el orden en dicho mundo. Solo responderán ante mi hermana y ante mí.

Ahora le daría seres como lacayos a Muerte. Definitivamente, a Salazar no le gustaba nada esta idea, pero decidió callar. Al fin y al cabo, esta dura carga sería compartida.

Guardó silencio y se concentró en ultimar los detalles de la construcción del primer mundo a ser creado: el Mundo de los Muertos.

